



(Foto B. Pestana)

28 de Julio: toma de conciencia

Por Sebastián Salazar Bondy

La efemérides nacional no debiera ser sólo remembranza y loa, sino reflexión. No debiera bastar en la fecha patria el cántico conmemorativo que de diversa manera se entona a la libertad, sino esencialmente el examen de conciencia acerca de lo que el país ha hecho, después de la gesta inicial, para completar aquella revolución. Porque, en términos sumarios, los próceres de la independencia fueron formas de la historia, entidades de la historia, energías de la historia, que se alzaron afirmativamente contra formas, entidades y energías de la anti-historia, cuyo signo es siempre la negación. Hablando en símbolos, los patriotas representaban la vida y los realistas la muerte; éstos la verdad, el progreso, la salud nacional, y éstos la mentira, el estancamiento, la postración. Dos fuerzas, pues, que como en la mitología se disputan la existencia del hombre, del pueblo.

Quien diga que el 28 de julio de 1821 o, más tarde, el 9 de diciembre de 1824, quedó concluida la guerra por la patria, por la conquista de la libertad para el Perú, desconoce la legítima índole de los sucesos o miente interesada y descaradamente. El Perú, que se venía elaborando desde las tinieblas del tiempo, que maduraba en el crisol popular de la edad incaica, en la crisis de la conquista, en la entraña de la colonia, tuvo un día su primera gran victoria sobre la anti-historia, a la que podremos dar, como querramos, el nombre del corregidor sanguinario, del encomendero ambicioso, de cualquier usurpador del poder empeñado en labrar, mediante una injusticia, su propia y mezquina dicha. La guerra no terminó, no ha terminado. La efemérides

reivindica en la memoria el derecho del pueblo peruano a ganar esa contienda por la historia, por la libertad.

¿No estuvo en el poder acaso, luego de esos días de gloria y triunfo, el dictador absoluto que reservaba para sí toda la autoridad? ¿No manejaron la república —la cosa pública, no lo olvidemos— las camarillas enriquecidas con el trabajo ajeno, apoyadas en el despojo de los más, entregadas a la concupiscencia y al boato sin reparar en la desgracia mayoritaria? ¿No asolaron con la violencia y el olvido, en la guerra civil y en la paz amordazada, los caudillos del caos que pensaron que la nación era un gran feudo, un inmenso predio para medrar? El pueblo, entonces, vivió la misma tristeza del sojuzgamiento, la enajenación y la servidumbre, y cada vez que la voz de la historia lo llamó para rebelarse contra el eterno retorno de la anti-historia, volvió a las armas con el corazón henchido de esperanzas. Mil veces fue defraudado y mil veces reavivó en su espíritu la misma llama de Junín y de Ayacucho, la que los próceres, como la mejor bandera, enarbolaron en la lucha contra la opresión hispana.

Olas de historia las que inundan la edad del Perú. Olas de historia que se estrellan contra los parallones de la dictadura, la explotación y la injusticia. Olas que no cesan porque son las de un mar, y el mar no sabe de sueño y éxtasis. Hubo un 28 de julio en 1821 y hubo más cada vez que alguien purgó en la mazmorra su derecho a pensar en una vida mejor para el pueblo. Hubo un 28 de julio de 1821 y hubo más en toda oportunidad en que una voz inconforme clamó por un reordenamiento de

la sociedad. Hubo un 28 de julio en 1821 y hubo más; hasta ayer, y habrá más, hasta que la libertad no sea sólo una palabra vacua, porque la lucha no ha concluido aún. Hay el frente de la miseria campesina fomentada por el latifundio, hay el frente de la enfermedad que campea en el tugurio malsano, hay el frente del analfabetismo que los gobernantes han simulado combatir sin auténtica decisión, hay el frente de la desocupación urbana que surge del desorden económico, hay el frente de la infancia desamparada que se sustenta en el incumplimiento de los deberes primordiales del gobierno, y hay muchos más frentes. En todos ellos hay que librar la inconclusa guerra de la independencia contra los enemigos de dentro y de fuera, extraños unos y otros a la vocación libertaria de la patria, que es la del pueblo que sustancialmente la conforma.

De nada vale la remembranza y la loa que desde hace cerca de siglo y medio, año tras año, reproducimos en artículos, discursos, exégesis y misceláneas, si no meditamos qué es lo que las generaciones han realizado porque la revolución de la independencia fuera cada día más estrictamente revolución e independencia y no se quedara en un gesto marmóreo, estático y frío, ante el cual colocamos coronas y levantamos la voz retórica. Aquello, en su turno, fue vida, ¿y qué es ahora? Monumentos, clarines, marchas, oraciones. Sin embargo, la promesa que entrañaba esa vida fue frustrada porque no hubo nunca libertad plena, para todos; ni independencia real y absoluta de los enemigos internos y externos; ni justicia rotunda e inviolable, sino el in-

móvil, rígido, duro estado de cosas en el que millones transcurren en la carencia en tanto unos pocos desbordan de dones que derrochan o acumulan en la frívola prodigalidad o la egoísta avaricia. El pensamiento, en verdad, puesto en esta efemérides, no celebra. Más bien se enlutece.

Si hacemos que todos los días sean un 28 de julio, es decir, si convertimos la existencia cotidiana en una batalla renovada por la historia y contra la anti-historia, el himno que se oirá al final no será de palabras y melodías. Será, menos sonoro quizá, pero más real, la voz de la muchedumbre que sale de las tinieblas de la pobreza y la incultura y halla, al cabo de un largo y penoso camino, la luz que es expresión de la prosperidad y el conocimiento. Cada 28 de julio tiene que tener este carácter de sí ante la enemistad, la indiferencia y el engaño, que persisten entre nosotros bajo el disfraz del partidismo político sujeto a las conveniencias, de las teorías económicas favorables a los poderosos, de la entrega del patrimonio nacional a los voraces financieros extranjeros, de los recortes rabulescos a la constitucionalidad, de la prensa deformante que traiciona su cometido, de todo aquello que hoy encarna, al socaire a veces de apariencias modernas, el mismo ánimo opresor, monopolístico y plutocrático de la metrópoli española que la patria supo vencer. Entre las dos fuerzas, la de la historia —libertad justicia— y la de su negación —servilumbre y explotación—, la decisión, hoy como ayer, es una. Tomar conciencia de ello es rendir el más valioso homenaje que quepa a los fundadores del Perú.